

# EL MOTÍN

Año XLI

Madrid, Sábado 5 de Noviembre de 1921.

Número 45.

## EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL  
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

## A los suscriptores

Aun comprendiendo que esto es ya abusar demasiado, les ruego que anticipen este año el envío del importe de la suscripción del próximo.

¿Explicaciones? ¿Para qué, si van todas las que pudiera dar contenidas vergonzantemente en este ruego?

JOSÉ NAKENS

## PUERTAS CERRADAS

Siguen llegando heridos y enfermos de Marruecos, sin que se abran para ellos las puertas de los conventos y palacios episcopales.

## MIGUEL MOYA

El gran escultor Mariano Benlliure ha labrado para la tumba del periodista inolvidable un monumento funerario.

No habiéndolo yo visto, copio estas líneas de la descripción hecha por A B C:

«Mariano Benlliure, con acierto genial, con sobriedad inflexible, ha hecho un poema de mármol: en la losa, sombreada por la cruz, aparece en relieve la imagen del cumplido caballero que no fué, ni quiso ser, más que periodista; é inclinándose ante la cruz, y rindiendo tributo de emoción respetuosa al maestro, aparece, gorra en mano, un obrero, un tipógrafo: una representación de cuantos trabajaron con don Miguel Moya en la obra periodística, de cuantos fueron para él hermanos é hijos en la labor de informar diariamente al público mediante la hoja impresa.»

«Vivo y despierto en la memoria de todos está el recuerdo de la fecunda existencia del maestro Moya, existencia ejemplar, lección admirable de constante amor al periodismo y á cuantos á ejercer este magisterio se dedicaron.

«Sobre las dotes de gran talento, hermosa cultura y actividad del incansable insignista fundador y presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid, descolgó como característica su bondad, que era comprensión, tolerancia y cariño. De esa bondad, constantemente empleada y pocas veces bien agradecida, pueden dar testimonio cuantos se acercaron á don Miguel Moya, cuantos estrecharon su mano alguna vez, cuantos pudieron contemplarlo en su tarea abnegada, en su preocupación afanosa por la dignificación, por el realce de prestigio de la Prensa española y por el bienestar de cuantos á ella pertenecían.

«La historia del periodismo español, que es parte integrante de la Historia de España, sabrá rendir tributo de justicia al inolvidable y no olvidado maestro.»

Ese monumento y esos elogios son dignos del hombre excepcional á quien se dedican.

## Pasó también la hora...

«¿Qué va á pasar?... ¡Ay! ¡Cuántas y cuántas veces, en trances trágicamente dolorosos, nos hemos hecho esa pregunta algunos españoles ingenuos ante desastres inmensos y ante irreparable desdichas para la patria! Es una interrogación argutiosa que dejaba en el ánimo una inquietud profunda, más que por el temor de lo que pudiera ocurrir, por la vergüenza de lo que tal vez no pudiera acontecer.

Cuántas veces se ha formulado esa pregunta, otras tantas ha quedado contestada por la realidad con un nuevo desencanto.

«¿Qué va á pasar?... ¡Nada! No ha pasado nunca nada; no pasará nunca nada.

Y, sin embargo...

Allá quedaron, en la manigua cubana, en los campos filipinos, va ya para unos veinticinco años, miles y miles de cadáveres de españoles que hoy duermen el sueño eterno en tierras extranjeras y que fueron un día nuestras, anónimos y para siempre olvidados. La flor de nuestra juventud, durante un par de generaciones, quedó cegada allí, en un inútil sacrificio y en homenaje, no agradecido, á no se sabe qué dioses tutelares.

Todo el oro que amasaron trabajosamente nuestras clases humildes, con las rebañaduras del hambre, el labriego en el campo, el artesano en el taller, el obrero en la fábrica, allá se malgastaron á caño libre, también en un estéril sacrificio de nuestra exhausta riqueza patrimonial.

¿A cambio de qué? Son poco edificantes los episodios de nuestra administración

colonial. En público no se ha contado aún, con entera y con imparcialidad de historiador, cuantos horrores y cuantas indignidades se cuentan en privado. ¡Como si no se conocieran! ¡Como si no se conocieran! ¡Como si no hubiesen de escribirse en un día los mismos que las padecieron! Se improvisaron furiosas; se hicieron carreras brillantísimas.

Para eso España dió tantas vidas y tanto dinero. Y, al fin, hasta el principio de soberanía que defenderían en un momento doloroso, vió que se derrumbaba con estrépito.

Y no pasó nada.

No; no pasa nada. Hay que desengañarse de una vez para siempre, aunque el desengaño sea tan triste sufrirlo como confesarlo. Todavía hay quien siente el dolor sin lágrimas de aquella tarde memorable en que al recibirse la noticia del hundimiento de nuestra escuadra en aguas de Cavite, las muchedumbres, frenéticas, danzaban su alegría inconscientes y su desprecupación vergonzosa en los tendidos de la plaza de toros. No fué esa página, con contraste tan duro, una excepción para recordada con la amargura de una afrenta inolvidable.

La indiferencia de las muchedumbres todavía persiste en nuestra psicología colectiva. Así cuando surgen tremendos desdichas, es cándido repetirse la pregunta consabida: ¿qué va á pasar? ¡Ay!, aquí no pasa nada; no pasará nunca nada.

Sólo se puede repetir la frase famosa: —Señor, la paz reina en Varsovia.

En este caso, España. La paz de los sepulcros, de los sepulcros blanqueados, que son nuestras almas.

«¿Qué va á pasar? Todavía hay unos pocos crédulos que se interrogan en un estado de espíritu que se cumpia entre la angustia y la esperanza.

Cierto que han ocurrido episodios de tragedia nacional, y aun vivimos en inquietudes hondas, con un ahogo mortal en el corazón y una pesadumbre enorme en la conciencia. Parece que los muertos se levantan para acusarnos de nuestra culpable incuria y de nuestra punible indiferencia. Padecemos una tenaz visión de pesadilla, que viene á turbar el sosiego de nuestros sueños. Sin embargo, todo es paz, todo es júbilo, como si el presente no existiera y la Historia hubiese paralizado su inflexible curso hace muchos siglos.

Nada; nada... Nos parece oír el trágico grito del cuervo de Poe: «¡Never more!»

ANGEL GUERRA

## Las horas supremas

El grito de ¡venganza! no viene á nuestros labios, no puede arrancar de nuestro corazón por dolorosas que sean las narraciones de los tristes hallazgos en Monte



Arruit, como en todo el campo mero otra vez transitado por el Ejército de España, saltando entre cadáveres putrefactos, trozos y miembros de oficiales y soldados.

No clamamos venganza, porque desapareció en nuestro pensamiento la idea de una cadena de oprobio eterno para la humanidad. No sentimos la venganza, porque se acalló en la niñez el impulso personal de domoñar, y luego, cuando articuló la razón, levantamos el alma alabando siempre el mito cristiano que, al pintar los tormentos y la agonía de Jesús Hombre, le hizo exclamar en el suspiro de la muerte:

—¡Dios mío, Dios mío! Perdona a mis verdugos, perdona a mis perseguidores, que no saben lo que hacen...

La voz de la venganza anubla la justicia y enciende la pasión. No quiero a los siniestros lumináres del encono que camine jamás mi pensamiento. Quiero guiarlo por la tierra robusto y en plenitud de amores; quiero sembrar la paz, germen de la alegría; y quiero imponer la justicia, proyección latente del cerebro, como ansia eterna de todos los anhelos sentimentales de la especie racional.

La vengza está comprimida por los instintos de ferocidad animalidad; pero la justicia se expande apenas alborza la civilización y, nutrida por la fortaleza, aplica el remedio que alivia y sana el cuerpo social.

La concepción vulgar, irreflexiva, chabacana de una Nación en mayoría de vendadores con la absurda creencia de que el sangre y fuego y exterminio se ha de afrontar todo desorden, y el cúmulo de anomalías invalidadoras del bienestar colectivo, es tan monstruosa como absurda. A tales gritos, la sersatez y la cordura de una minoría templada en la justicia, con la fortaleza y la abnegación que, para ser ella sentida la tienen que acompañar, bastaría. La venganza, grado supremo de la exaltación mental, tiene su tratamiento como el loco furioso que, sujeto por camisa o embrague, evita todo peligro. Con justicia y tras de ella con clemencia, se amoldan los hombres y los pueblos.

La justicia va más allá de la letra de mandatos estatuidos, como sin otros también, sin perjuicio de una circunstancial denominación de jueces, los que pueden darla y aplicarla.

Latente, viva, a punto de manifestarse, circula con permanencia en el individuo consciente como el cuerpo social, y es su aparición la protesta de vez primero, de acción más tarde, contra todo menoscabo de aquellas facultades ó derechos que nos son indispensables natural y lógicamente.

Ha rebosado la ferocidad de los rifeños: traiciones, crueldades y martirios. Castiguémoslos con justicia, sin venganza. Pero los crímenes de la ferocidad salvaje, tengan como punto de partida en su proceso y en su justicia, la impresión ó la incapacidad de quienes pudieran aminorarlos ó evitarlos.

Justicia aquí también. La sangre derramada, los cuerpos descuartizados, la esterilidad del sacrificio de las víctimas, como de la Nación entera que dió cuanto le pidieron y los siguió con lágrimas conturbada por la emoción del sufrimiento y de la tragedia, pide justicia, clama justicia, quiere justicia.

Son las horas supremas de la Patria; son las horas angustiosas de España, que quiere liquidar las causas de su peccación, los motivos de la decadencia; porque España,

como Francia, como Italia es pueblo meridional de grandes concepciones en los momentos definitivos. La luz de la inteligencia conducirá la energía para que haga justicia el patriotismo. Y España, tan poderosa y fuerte como cualquier otra Nación de la raza latina, que orientó la civilización hacia la Libertad y la Justicia, se redimirá como corresponde á su historia.

Corren las horas supremas... La ciudadanía exige justicia. Y, ó se la dan, ó se la hace.

JOSE ALIUS

## Bandidos y banqueros

Al leer este título creerán los de España que voy á hablar de ellos.

No, firmes puntales de las derechas políticas, no. Aunque pudiérais daros perfectamente por aludidos, no os asustéis. El artículo no es mío; es de *La Política Cómica* de la Habana:

«Ya empieza el bandolerismo á hacer de las suyas en los campos de Cuba.

Es el bandolerismo á pecho descubierta, que mata y muere por robar. Que secuestra individuos para pedir rescate por ellos. Que sale al campo y se interna en la manigua, sabiendo que la justicia lo persigue y las tercerolas de la guardia rural lo acechan. Es la necesidad y el hambre que impulsa á esos hombres por los caminos del crimen para buscar á la brava lo que á las buenas no encuentran.

Nunca la violencia tuvo justificación ni el convertirse en bandolero tiene atenuantes. A los malhechores hay que tratarlos como á tales, ya que la sociedad ni la familia pueden estar á expensas de sus fechorías.

Pero de este bandolerismo que ahora empieza, ¿quién tiene la culpa?

De la miseria que se extiende por nuestros campos y nuestros campos, ¿quienes son los causantes?

¿Por ventura habría bandolerismo si no se hubiera robado el dinero del pueblo, si no se hubiera saqueado el Tesoro y agotado sus recursos para enriquecer á unos cuantos *aprovechados* que han hecho granjería de la República?

¿Quiénes son más bandoleros, los que presentan el pecho á las balas, ó las que, entre sonrisas y adulaciones, dejaron sin un centavo á los miles de infelices que hicieron del ahorro una estéril labor de sacrificio?

Entre *Arroyito* que vende cara su vida por la manigua para cogerse unos pesos, y los directores de nuestros Bancos, que, huidos al extranjero, hacen ostentación cínica de los millones robados en Cuba, ¿quienes son los más bandoleros?

Hay que abaratar la vida, dar trabajo al necesitado, recursos al guajiro y medios de subsistencia al obrero para que la desesperación no los lleve al extravío.

Pero no nos extrañemos de que empiece el bandolerismo en el campo, cuando en la Habana hemos tenido un presidio suelto de timadores y granujas; *honorables caballeros* que con una mano nos robaban la cartera, mientras tendían la otra para estrecharnos la nuestra en un gesto cortés de refinada desvergüenza.»

¿Os convencéis ahora, puntales de las derechas, de que el artículo no tra-

ta de vuestras hazañas, si no de las de vuestros congéneres de Cuba? Tranquilizáos, pues.

## El mes de ánimas

De los doce meses del año, el más productivo para los curas es el de Noviembre, que brindan á la salud de las ánimas purgatorio.

Desde el día 1.º, en el que cada uno dice, aplica y cobra tres misas, amén de lo que saca de respuestas, hasta el día 30, no cesan de recibir dinero de los fieles á pretexto de tan doloridas señoras.

Ya lo dijo un reverendo: «El purgatorio es la despesa universal de los curas menesterosos que no tienen canonjías ni beneficios.»

Durante este dichoso mes, todas las tardes en cuanto anochece, las campanas de las iglesias aturden al vecinlario con unos tañidos tan lastimeros que parecen ayes de ama despachada ó próxima á multiplicarse. Es la señal para que los fieles acudan á la práctica religiosa conocida con el nombre que encabeza estas líneas.

En ella, después del rosario que recita un sacris con voz ganzoza y á regañadientes; trepa al púlpito un clérigo de la clase de oradores fúnebres, y pronuncia una arenga capaz de ablandar los bronceos.

No crean ustedes que todos sirven para esta especialidad de la oratoria; hace falta tener condiciones particulares.

Por ejemplo: un clérigo de esos rollizos y coloradotes, por más que se arranque á llorar desde el púlpito, no acaba por convencer á los fieles de que deben menospreciarse las comodidades de esta vida para pensar continuamente en la otra. Sus motivos desacreditan sus argumentos.

Los más indicados para estas tareas son esos reverendos largos como lanzas y flacos como cañas, de avinagrado rostro y ojos hundidos en sus órbitas á fuerza de viglias y de los servicios que prestan á las beatas. Estos sí que hacen buena pacotilla en este mes.

Conozco uno á quien se lo disputan á puñetazos los cofrades de ánimas, por la maña que se da para arrancar lágrimas al auditorio. Mal comparado, es como esos memorialistas lacrimosos: nunca les falta parroquia. Y luego el amigo trae una erudición de empresa funeraria, y un arsenal de imágenes y alegorías retóricas adecuadas al caso, que no hay más que pedir. Eso sí, todos los días repite lo mismo; pero es lo que él dice cuando alguien se lo echa en cara:

«¡Pues qué, señores! ¿la muerte no es siempre la misma? ¿Sus consecuencias no son siempre gusanos? ¿El polvo de las tumbas no es siempre polvo?»

En lo que más fuerte está es en los asuntos del Purgatorio. ¡Con qué minuciosidad refiere cuanto ocurre por allí! Si parece que lo ha visto ó que todos los días le envían noticias frescas por el cable de ultratumba!

El sabe, sobre poco más ó menos, la cantidad de aceite que hiérve en cada caldera como si se tratase de la del buñolero de la esquina; las dimensiones de las tenazas y garfios; los gritos que dan las ánimas por hora, minuto y segundo. Todo lo sabe y todo lo explica á sus oyentes, que le escuchan con el alma en un hilo, como vulgarmente se dice.

Después, cuando tiene llenos de terror



á neos y beatas; cuando estas lloran y aquéllos suspiran, se va al bulto hablando de sufragios que ordenaron los difuntos y sus herederos no han cumplido; de la facilidad con que se extraen las almas de tan terribles tormentos por medio de misas y oraciones; de la indiferencia y crueldad con que los vivos miran el infatunio de los muertos.

Con esto y cuatro cuentos espeluznantes á los que llama ejemplos verídicos, no hay corazón que no se ablande ni bolsillo que no se abra.

El párroco ó rector de la iglesia donde él actúa no se harta de recibir encargos de misas; y cada día 30 le paga sus vociferaciones, aun le suelta una gratificación, dándole palmaditas en el hombro y diciéndole: «Ha estado usted fuerte; ha apretado usted firme.»

Y ambos se despiden sonriendo y diciendo para su sotoná:

«Por qué no tendrá el año doce Noviembre?»

## La vida tal cual es

### EL PROTECTOR

—¡Canalla! ¡Infame! ¡Hipócrita! ¡Ah, si viviera mi marido!

—¡Por Dios, señora Dorotea! No escandaice usted, que la van á oír las del principal.

—Que me oigan, y que me oiga el mundo entero. Lo voy á decir á gritos por las calles, lo va á saber todo Madrid.

—Mire usted que le puede costar el pan.

—No quiero pan sin honra... Prefiero pedir limosna...

—Cálmese usted... Quizás no sea lo que usted cree... Quizas haya exagerado la niña. A veces se toman las cosas por un fin que no tienen.

—No, señora Eulalia, no; lo que han visto mis ojos no lo puede negar nadie. Estaba ahí, el muy canalla, detrás de la puerta y la tenía abrazada, y... no quiero ni pensarlo porque me lo comería como un león. ¡Indecente! ¡Sinvergüenza! Un hombre casado y con hijos ya como cipreses, y hacer estas porquerías...

—Pues, hija, nunca lo hubiera creído, porque por usted se tomaba mucho interés, y por la niña no digamos, como si fuera una hija.

—Sí, sí, el interés del lobo que cebaba á la oveja para comérsela cuando esté en sazón. Todas sus protecciones son así.

—¡Y tan religioso como parecía!

—Es el disfraz con que quieren ocultar lo podrida que tienen el alma.

—Buen desquite tendrá su señora.

—Ya está acostumbrada á estos lances y sabe cómo terminan las protecciones de su marido. El año pasado con aquello de la sobrina del estanco, si no anda lista lo meten en la cárcel.

—¡Válgame Dios! Mire usted que es fuerte cosa que no ha de haber un al-

ma noble y honrada, que todo se haya de hacer con fines egoístas y asquerosos. ¡Qué mundo, Dios mío, qué mundo!

—No, lo que es ese tío no vuelve á hacer otra porque en cuanto le vea, le señalo, se lo juro.

—Calma, señá Eulalia, calma.

FRAY GERUNDIO

### RECUERDOS DE LA PRISION

## Los ciegos en la cárcel

¡Qué pena más honda se siente al verlos! Al entrar hemos tenido que ayudarles á subir la escalera. El empleado les ha metido en la celda. En ella reinan las sombras; pero para los pobres ciegos está de más la escasa luz que se filtra, temerosa, por la rendija del ventanillo de doble rejilla y tela metálica.

«¿Por qué los han traído? ¿Qué han hecho? ¿Qué delito pudieron cometer?»

«Ah, sí! Ya comprendo; pedían por la calle. Estaban en un portal, con la mano tendida, «molestando» á las gentes.

La muchedumbre que está afuera, libre, que come todos los días, siente repulsión por los que piden limosna. Por todos los que van mal vestidos, llenos de suciedad, descalsos, rotos.

El hambre humano busca los lugares de diversión, los sitios donde hay algo bueno que ver. Y un pobre, que sea ciego por añadidura, puede amargar la tranquilidad de los que encuentran á mano un traje y cinco duros para írselos á gastar. El Gobierno es muy celoso cumplidor de las ordenanzas; por algo se dictaron.

La Policía prende á todos los viejos que van llenos de andrajos, aunque no pidan limosna. Son máquinas gastadas que ya produjeron todo lo que podían producir. Estos mendigos de ahora, estos dos ciegos, perdieron la vista en el taller ó en la mina.

Aquel otro que está en el rincón, al sol, y que es manco, tal vez se dejara el brazo entre los engranajes de la máquina.

El que está á su lado—¡cómo uno, cómo liga la común desgracia!—perdió la piedad cuando el hundimiento aquél de la mina aquella que tantas lágrimas les arrancó á los unos y tantos millones les proporcionó á los otros.

Aquí están. Arrinconados. En una celda. Encerrados por pobres. Por mendigos. Por ciegos.

En la doble obscuridad, la del calabozo y la de sus ojos. En la doble noche de sus tristezas.

Aquí están los pobrecitos pobres.

Y fuera, ¡jellos! Los que se creen felices; felices porque llevan un buen traje y cinco duros en el bolsillo del chaleco. Los que quieren quitarse de delante todos los estorbos de su felicidad, creyendo que esa vida que ellos viven es la vida que debe vivirse.

Y no saben, no quieren saberlo, que sin la miseria de estos miserables, su riqueza no tendría justificada razón de ser.

Los ciegos en la cárcel son como una bofetada tremenda dada en pleno rostro de los felices.

Cuanto menos ven estos pobres, más ellos, con su presencia aquí, nos abren los ojos á nosotros para que veamos cuánto

tiene de infame esta sociedad que así lo trata.

Morirán. Moriremos nosotros, ¿quién no se muere? Y venirá otra generación, y otra, y otra para maldecir á estos Gobiernos que tan mal gobiernan y á estas autoridades que atan las manos de los ciegos por el delito de haberlas tendido implorando una miseria de pan.

Los ciegos en la cárcel, son una vergüenza para los hombres libres.

Los ciegos en la cárcel manchan la luz del sol.

Los ciegos en la cárcel son como una nube negra en el cielo de nuestra mentida felicidad.

SALVADOR CORDON

Del libro *De mi bohemia revolucionaria*.—Precio 2'50.

## El muerto al hoyo...

### CUENTO POPULAR FRANCÉS

En cierta ciudad se anunció la llegada del famoso doctor Attrapacini, que poseía el secreto único para resucitar los muertos.

Semejante noticia produjo, como era de esperar, inmensa conmoción; todo el mundo protestó indignado contra tanta impostura, y llovieron las censuras contra las autoridades que consentían la publicidad de tan estapendios reclamos. Averiguada la residencia del doctor, acudió á ella mucha gente del pueblo para dirigirle lo más atrozmente insultos, y hasta se le llegó á amenazar seriamente.

El señor Attrapacini se fué á casa del padre y le dijo:

—Caballero: Aunque los ingratos vecinos de esta ciudad, lejos de bendecirme y ponerme como es de la reuel por haber venido á emplear en su servicio mi ciencia maravillosa, me insultan y atentan contra mi vida, quiero mostrarme magnánimo con todos. Yo los perdono, y probaré como tres y dos cinco que no soy un impostor. Necesito ocho días para preparar mis recursos médicos, de infalibles resultado; al cabo de este tiempo me presentará en el cementerio, y de la tumba de todo el pueblo reunido resucitaré á todos los muertos que estén allí enterrados... Si fracaso (que no fracasaré), desde luego me someteré al mas duro castigo, incluso el de la pena de muerte.

La seguridad profética con que se expresó el doctor dejó atónito al padre, y casi llegó á creer que tenía ante sus ojos á un enviado del cielo. Convino en esperar los ocho días, y proporcionarle entre tanto una guardia permanente, no sólo para garantizar su seguridad, sino también para que no tomara las de Villadiego.

El anuncio de lo ocurrido en casa del padre se divulgó por la ciudad en tanta rapidez como se incendia un roquero de pólvora. No hay que decir la profundísima sensación que produjo; hasta los más escépticos comenzaron á vacilar; no se hablaba de otra cosa; nadie se acordaba de trabajar.

A los dos ó tres días comenzó el doctor á recibir cartas y visitas.

La primera carta, sujeta por un caballero de muy buena posición, estaba concebida en estos términos:

«Muy señor doctor: La promesa del milagro que vaia á realizar me tiene sin sosiego. Yo estaba casado con una insuperable vieja y feísima mujer, que pasó á mejor vida, haciéndome á mi también pasar á otra vida mejor... ¡Por Dios, no me la resucite! El Tiemblo solo da pensar que podría verme otra vez cara á cara con aquella furia del Averno... Ofrezcos cien luises porque me guardéis el secreto, y para que no os metáis para nada con la difunta.»

No bien había acabado de leer esta carta, entró en la habitación una viuda joven llorando á lágrima viva.

—¡Yo os conjuro, señor médico—le dijo—á



que no resucitéis a mi marido! Era un borracho, un haragán, un hombre brutal que me maltrataba diariamente. Si vuelvo a mi lado no tendré valor para continuar sufriendole, y me suicidaré. Aquí os traigo todos mis ahorros.»

La consoló el doctor con la promesa de hacer una excepción cuando tocara a resucitar, y apenas hubo salido la señora, entraron dos jóvenes muy elegantones.

Eran hijos de un farmacéutico, hombre ta caño hasta lo hiperbólico, que a fuerza de despachar drogas durante muchos años y de economizar hasta el aire que respiraba, había reunido una gran fortuna. Al morir él, los muchachos se propusieron dar satisfacción a cuantos caprichos y placeres proporcionara el dinero, y se lo gastaban alegremente. Estos jóvenes regularon al doctor una cartera bien provista de billetes de Banco, a condición de que les dejara seguir siendo huéspedes inconsolesables.

Fue otro día una comisión de propietarios y vecinos honrados, y tomando la palabra el que hacía de presidente, se expresó así:

—Señor doctor, lumbreira de la ciencia: en el cementerio de esta ciudad hay muchos difuntos que si volvieran a la vida seguirían siendo lo que siempre fueron: ladrones, pendencieros, seducidos, borrachos y canallas. Quedan, por desgracia, muchos vivos que poseen las mismas cualidades que aquellos. Verdad es; pero si se reforzara el contingente de tales bandidos con la resurrección de los que duermen el sueño de las tumbas, sería imposible vivir tranquilamente en esta ciudad. Dignaos, pues, aceptar estos tres mil lises. Un magistrado visitó al doctor para decirle:

—Yo condené a un inocente, porque todas las apariencias le acusaban, y se probó que era culpable. Los jueces no somos infalibles, y mi conciencia nada me remuerde. Pero yo sé que aquel desdichado cuya sentencia de muerte dicté, era hombre de muy malas pulgas, y estoy seguro de que si resucitara su primer cuidado sería dejarme seco de un tiro. He aquí docientos lises que os ofrezco a cambio de mi tranquilidad.

También fue una vida, ya jamona, de irascible carácter, que iba a contraer segundas nupcias, y dijo al doctor con muy malos modos:

—Lo que pensé hacer es un disparate y hasta un acto perjudicial... Si resucitara a mi marido (era hombre muy de bien, no lo niego, y lo quisiera mucho), os exigiré una fuerte indemnización. ¿Que destino dará entonces al traje de boda que acaba de entregarme la modista y con una cuenta que asusta? ¿Cómo voy a dejar plantado a mi novio, bajo el pretexto de que ahora se me presenta el otro? Mucho cuidado, doctor, con lo que hacéis, porque no os escaparéis a mi venganza!

Deadores temerosos de que algunos difuntos resucitados les pasaran cuentas; herederos de tíos y otros parientes muertos; ab intestato; mil castas de pájaros de todas las clases sociales a quienes no convenían las prometidas resurrecciones; el pueblo en masa, para decirlo pronto y a una vez, acudió el penúltimo día del plazo a casa del doctor y llenó la calle, profiriendo estos gritos unánimes: «¿Que no resucite a nadie! ¿Que no resucite a nadie!»

En vista de lo cual, el *maire* le prohibió terminantemente que resucitara ni un solo difunto.

Y he aquí como el señor Attrapeccini salió de aquí la ciudad sin que se le pudiera castigar por impostor, y llevándose un dineral. ¡Era un gran filósofo!

## A cada cual lo suyo

A tan santo tribunal este pecador coarrito acude llorando el mal que causó con su delito.

—Hijo, si tienes dolor de corazón, es bastante; Dios, con su infinito amor te consolará al instante.

—He faltado torpemente a una mujer. — ¡Qué vileza!

—Y tal vez fuera decente?

—De los pies a la cabeza.

—De aquellos dulces amores dos años gocé el encanto.

Vi infinitos pecadores, mas ninguno lo era tanto.

Después sola, abandonada, con el corazón deshecho, dejé a la desventurada con un chiquitín de pecho.

—Nada has podido inquirir de esa mujer sin ventura?

—Sí, señor; que entró a servir en casa de un señor cura.

Allí hace año y medio está con el tal, que es un *gatera*, y al que gusto en todo dá por que es buena cocinera.

— ¡Caracoles!, yo no sé porqué la cosa me escama; cualquiera jurara que está hablando de mi ama.

— ¡Pobre María! — (¿No dije?)

¿Y tienes seguridad de si el niño que te aflije es tuyo? — ¡Esa es la verdad!

— ¡Qué cinismo el de María! Que haya otro igual no imagino; ¡jemeñada el otro día en que el niño es mi *sobrinol*!

JOSE DOZ DE LA ROSA

## Confliro rezuerto

CUENTECILLO ANDALUZ

Arrepara, María Jezú, arrepara; lo que lo que nesita la niña no es mudá de aire, zino un novio de dó leguas y pico en cuadro.

—Mira, Juan Manué; lo que tiene la niña es anemia.

—Güeno, anemia; zi zeño, anemia. ¿Pero tú zabe lo que é anemia?

—¿Cuando er méico lo disel... —Er cazo é, que zi tú zabe lo que é anemia.

—Nol

—Poz anemia, zo ignorante, é una coza axina como lo que le pza á un velón que no tiene aseite y z' empeña en zegul ardieendo.

—Güeno; entonse lo que le farta á la niña é aseite.

—Mira, María Jezú; lo que le jase farta á la niña, é un tiro de póvora con mucha póvora y muchos perdigones.

—¿Ezol? ¿Qué animal eres, marío! ¿y luego?

—Luego, un stau branco, una fosa la má de jonda, un...

—¡Asesinol!

—Pos me jón.

—¡Reteeasesinol!

—Pos retemejón!

—¡Bábarol! Hijo, no t' ofenda, Juan Manué; pero tú ere la má de brute; te viene de casta; y tú no zabe ná de zo que le entra á las niñas cuando cumplen los quince y s' aburren...

—Bueno, no ziga, que ya zé en lo que bá á concluí er zarmón; en que te dejedi...

—Ezo, zo é lo mejó que púes jase; ¡dejarme dir con eya a Dos Hermanas si- quí quise di!...

—P' ro mujé!... — ¡y con la caló que jase! ¡S' vais a achicharrá!

—M' jó; así zuda y jecha fuera los malos humor s.

—Pero, ¡mardita zea mi estampal, ¡qué é lo que nesita la niña, María J zú?

—Mudá de aire, y na má que mudá de aire.

—Pos te equivocás; ¡nesita un noviol

—N' ; ¡mudá de aire!

—¡Que noel

—¡Av, que brutal

—Bueno; bruto y tó, yo le busco un novio.

—¡Ay virgensita mía!

—Ua novio, cojo ó manco, jorobao ó derecho, tuerto ó...

—¡No, ná!; tuerto no, por tu zaluzita.

—¡Como zeal Tó menos dirse á gastar-me un dinerá fuera é Seviya.

—Güeno; se busca er novio. ¿Y tú te cree que czo se encuentran como los curas, á ca pavo?

—No; pero tarde ó temprano...

—¡Reteeainall! ¡zol! Y mientras, mi hija de mi arma, probéita mía, angelito mío, que lo que nesita é mudá de aire, y mu' á de aire...

—¡Mujé!

—¡Mujáá deee aierceel! ¿te entera?

—Z'... No chibes, mujé.

—Güeno; ¡mudá de aire!

—Güeno; ¡P' z z' acabó! Ea, confliro rezuerto. Dile que z' abaniqu e ar revers...

PEDRO PEREZ FERNANDEZ

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Buenaventura Pérez, Almatret, 2 pesetas. Manuel Huertas, Vinaroz; 9; Antonio Martín, Los Sauces, 4; E. Polidura, Santander, 4; Felipe Mjares, La Figueira, 1.

## CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Vinaros.—Manuel Huertas. Abonada su suscripción hasta fin Diciembre 1922.

Los Sauces.—Antonio Martín. Id. a fin Diciembre 1922.

Santander.—E. Polidura. Id. a fin Octubre 1922.

Almatret.—Juan Arbonés. Recibido su giro de 30 pesetas. Confirme.

Vilosell.—H. Palau. Id. de 100. Confirme.

Tarragona.—S. Reverter. Id. de 37,75. Conf. rae.

Granollers.—G. Fibernat. Id. de 25 á cuenta.

Zafra J. Gordillo. Id. de 8. Confirme.

Linares.—Ginés S. ler. Id. de 9. Confirme.

La Figueira.—F. Velasco. Id. de 30. Confirme.

Luchmayor.—B. Salvá. Id. de 11,70. Confirme.

Morón.—M. Piza. Id. de 8,25. Confirme.

Petré.—F. Montesinos. Id. de 6,75.

Santa Cruz de la Palma.—M. Guardia. Idem de 12. Confirme.

Telde.—Francisco Batista. Id. de 20,30. Confirme.

Puerto de la Luz.—Vicente Padrón. Idem de 154. Confirme.

Imp. Juan Pérez.—Pasaje de Valdecilla, 2.- Madrid.